

Poética de la quema*

Iván Trujillo C.

Así, impecable su saber, como corresponder a Heidegger, respondiéndole efectivamente, su saber del "origen" de la escritura, del árbol de la escritura o de la escritura como árbol. Poeta, entonces que no sólo dialogó con el psicoanálisis – y con éste en la necesidad de su desencogimiento- sino, también, con Heidegger. Y, porque diálogos, sin influencias "reales", "históricas", es decir, "historicistas", el más alto diálogo.

Sobre árboles y madres, Patricio Marchant.

Las "comillas" de una palabra suelen poner en suspenso el sentido con el que no obstante aquella debería poder contar. La ~~tachadura~~ de un palabra, en cambio, debería poder borrar el sentido con el que, no obstante, no dejaría de contar. Ahora bien, ¿en qué podría consistir el subrayado de una palabra que busca marcar un sentido que, por otra parte, nunca habría podido tener lugar?

En este extraño filamento gráfico, manteniéndose en una invencible vista de reojo aunque frontal, comparece la escritura marchantiana de *Sobre árboles y madres*¹. Escritura ésta en la estela filosófica de las comillas, de los arcaísmos y de la tachadura heideggeriana como desalojo del lenguaje metafísico, como también y principalmente en la estela, por no decir la *huella*, de la economía escritural de la *différance* derridiana como desconstrucción del logofonocentrismo. De esta escritura de Patricio Marchant, de su sintaxis, ya no la tachadura, sino la *quema*. Escritura de la quema bajo el signo, abajo del signo, del subrayado, así: quema.

Escritura de la quema del árbol como escritura de la *pérdida*, de *cierta* pérdida. Escritura doble de la madre quemada, como *poema* de la madre arcaica y como *poema* del hijo como madre. Escritura *a la vez* del psicoanálisis húngaro, en particular de Imre Herman y de Nicolas Ahraham y de Gabriela Mistral, en particular, de sus "poemas magallánicos". Quema del árbol, en primer término, bajo la *frase* de Hermann y la quemante escritura de Marchant: "Nada se saca con obtener la victoria, el objeto de la lucha está de antemano perdido".

Quema, aquí, como quema ritual de la madre arcaica por haber abandonado a sus hijos; madre-árbol quemada, que se constituye en dadora del efecto del calor o efecto-de-madre; dadora, en consecuencia, del "instinto de agarrarse a" o de aferramiento, por la

* Este escrito es el resultado de ciertas modificaciones hechas a un texto leído en la Biblioteca Nacional el mes de junio del año 2000.

¹ Marchant, P., *Sobre árboles y madres*, Lead, Santiago, 1984.

que, la llamada "madre real" no es más que un efecto-de-madre; madre "real" en (el) lugar de la madre arcaica; *pérdida* de madre como (en tanto que) madre, en el don del instinto filial. *Poema* de Hermann, según Nicolas Abraham; teoría de base zoológica de Hermann como *su poema del* instinto de aferramiento. Quema del árbol, en el segundo caso, como quema de la madre como abandono esta vez por parte del hijo que es también su propia quema como leño quemado; quema entonces del árbol, del árbol-Cristo, de la Cruz a la que él mismo yace adherido como a su madre; quema de sí mismo como madre; quema, entonces, del hijo como madre (de Cristo como madre), hijo (en) el lugar de la madre; finalmente, *pérdida* del hijo como producción del efecto-de-hijo en el dolor de la madre; dolor de la madre por la que deviene madre. Quiebra del privilegio psicoanalítico del triángulo edípico de predominio paternal (padre, madre e hijo) a causa de la más fundamental unidad dual (madre e hijo), en el primer caso; quiebra del privilegio cristiano de la figura paternal como relación Padre-Hijo a partir de la relación Madre-Cristo, en el segundo caso.

No haciendo aquí más que una muy sumaria síntesis del encuentro entre Gabriela Mistral y el psicoanálisis húngaro, encuentro sin encuentro histórico, sin "historicismo"; diálogo sin diálogo, por lo mismo, "el más alto diálogo"; habría que señalar que Marchant pone de relieve aquí, como también en el diálogo sin diálogo de Gabriela Mistral que mantendría con Heidegger, la *anterioridad* del pensamiento de ésta con respecto a aquellos. Esta *anterioridad*, que pongo en cursiva, la entiende Marchant entre la autonomía de su pensar ("piensa por su cuenta") y la anterioridad de su iniciativa. Como tales, se inscriben esencialmente en la perspectiva "histórica" e "historicista" por él denunciada. De ahí la cursiva. En cuanto al pensamiento de Gabriela Mistral, aquí nombrado y subrayado, Marchant entiende por ello el poema. El pensamiento del poema. Aquí me detengo, aunque para dar un rodeo que prolongará esta detención pero por otros medios.

El programa

El programa de Marchant consiste en un "estudio filosófico sobre la poesía chilena", particularmente de lo que él llama la "gran" poesía chilena, esto es: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Nicanor Parra, Raúl Zurita. Todos ellos se *atendrían* al árbol-Cristo. Sin poder adentrarme aquí en los que sería la manera específica en que cada uno de estos poetas atiende a este tópico, tópico subyacente como mostraré enseguida, señalo, de pasada, que cuando Marchant dice "la poesía chilena", incluso la "gran poesía chilena", está vindicando una poética *de la lengua* castellana. Lo que me interesa aquí es intentar indicar la manera y las condiciones bajo las cuales dicho tópico del *árbol-Cristo* es capaz de atravesar todo el campo de la "gran poesía chilena", y en particular, abrirse paso como pensamiento en la poesía de Gabriela Mistral.

En primer término, me llama la atención en *Sobre Árboles y Madres* cierto hilo conductor de la lectura o de la interpretación que Marchant hace de los poemas de Gabriela Mistral. Aquel modo de proceder por el cual los poemas de Gabriela Mistral (a partir de la segunda parte de su libro) son objetos de una lectura doble, dividida esta en "contenido manifiesto" (o "representación") y "contenido latente" (o "temblor"). Aquí,

sin decidirme a entrar en esta lectura, me detengo sólo en una nota muy al comienzo del libro de Marchant y que guarda una extraña señal de muerte en la escena *manifiesta, a plena luz*, del muerto. Nota 2, a propósito de una interpretación del poema *Las Tablas* de Nicanor Parra y de la obra *Sala de Espera* de Carlos Lepe, de ambas obras, sobre la muerte y el asesinato, sobre la muerte de la madre, y en particular en relación con esta última obra, lo siguiente: "En *Sala de Espera*, ese asesinato –o interpretación más exacta, su simulacro o burla- estaba oculto por el más exquisito de los recursos, el exceso de iluminación, de claridad: *ningún cadáver más oculto que el que no se oculta* [esta cursiva es mía, I.T.] ". Agrega enseguida: "Con todo, en esa época [se refiere a 1980, Marchant escribiendo con posterioridad], no comprendiendo bien el *entrelazamiento* [esta es otra palabra que me interesa aquí, sobremanera] entre el contenido manifiesto y el contenido latente de ambas obras, primacía injustificada, en la interpretación del acto de separación –o muerte o asesinato- de la madre de la acción de los hijos en detrimento de la acción de la madre"².

De lo que se trata es de un *saber no tematizado* (aquí, saber sobre la madre), susceptible de ser tematizado, como un contenido latente *entrelazado* con un contenido manifiesto. El contenido manifiesto se entiende aquí, en el comentario sobre la obra de Lepe, según cierta tropología, cierta topología de la muerte en el muerto. A plena luz, no se sabría decir bien si del muerto o de la muerte, yace el muerto como oculto, enterrado o desaparecido, en todo caso, esquivado de su muerte. Manifiestamente muerto, un cadáver se oculta de su propia muerte. El cadáver desaparece y con él la muerte. O la muerte desaparece en esta fosa manifiesta. El cadáver *actúa* en medio de la escena de muerte; parodia o se burla de su condición: "yo les digo, clara y distintamente, yo estoy muerto". Tropología entonces, como "simulacro o burla". Pero tropología en lo serio, en el saber del duelo³.

En el saber, en lo que entendemos es lo propio del pensamiento, habría siempre algo que *agregar*. Algo así como el comentario de un cadáver diciendo que está muerto. La lectura marchantiana de los poemas de Gabriela Mistral se sabe a sí misma como *agregado* y cuya recusación o adhesión, no *agregarían* más que otra lectura. Lectura marchantiana como lectura de Derrida, particularmente aquí, del comienzo de "La farmacia de Platón", en *La diseminación*. Todo consistiría en seguir el hilo dado, en bordar: "Reservando siempre una sorpresa a la anatomía o a la fisiología de una crítica que creería dominar el juego, vigilar a la vez todos los hilos, engañándose así al querer mirar el texto sin tocarlo, sin poner la mano en el 'objeto', sin arriesgarse a agregarle, única oportunidad de entrar en el juego, enredándose los dedos en él, algún hilo nuevo. Agregar no es otra cosa aquí sino dar a leer"⁴.

Cierta noción de textualidad está en juego. Por lo mismo, cierta noción del tejido y del *entrelazamiento*, concepto que mantiene *enlazado* a Derrida con Heidegger y también

² Cf. Marchant, P., *op. cit.*, p.10.

³ Doy comienzo a una consideración del carácter retórico del discurso psicoanalítico en mi texto: "Memoria sacrificial". Pero preciso dicho carácter en un escrito todavía en preparación: "Retórica de la desaparición".

⁴ Cf. Derrida, J., *La dissemination*, Le Seuil, París, 1972. Tr.: *La diseminación*, Fundamentos, Madrid, 1975.

con Freud en el *Geflecht*⁵. Y de pasada, pérdida del *hilo conductor* kantiano (*Leitfaden*); hilo el que, aunque de antemano se daba por perdido, sin embargo, mientras todavía podía *arreglar* las cosas⁶, permanecía tan improbable (indemostrable) como innegable. Con este hilo inhallable y trascendental había que contar *para* contar con otras cosas. Pero, desde que, por una cierta precipitación de pensamiento, por ejemplo en Heidegger, este *hilo conductor* se puso *de camino al habla*, se vino a enredar (*verflechten*) con el habla, perdiéndose en dicho camino⁷. *Perdido* en el *camino* al habla, este hilo ya no es condición de posibilidad, ya *no conduce* (más que) a ninguna parte, ya no guía desde la presuposición trascendental de su ser. Con este hilo, *ya* no se puede contar; pues no se puede contar ni con la historia, ni el juicio, ni con el sentido, ni con la finalidad, ni con el ser.

Pero en el *entrelazamiento* al que se refiere Marchant, teóricamente incubado en los márgenes de una época, éste ha querido pensar *el saber no tematizado*, el pensar no pensado, el pensamiento del poema. Y lo ha querido pensar desde el *inconsciente*: "Lo único que resulta posible (es decir, más bien, necesario) es postular la presencia, la acción –*sin poder explicar su surgimiento*– [estas cursivas son mías, I.T.] de una Forma Inconsciente Generante que determina un ‘contenido latente’, estructurado en forma articulada y muy diferente ‘contenido manifiesto’ de esa poesía; una forma lógica que llama ser recibida y que predetermina lógicamente lugares precisos, modos precisos de poetizar"⁸. Es esta Forma Inconsciente Generante *lo único* que para Marchant puede explicar, *sin poderse ella misma explicar*, que, bajo la temática mistraliana del árbol-Cristo, ella, Gabriela Mistral, haya podido pensar sin tematizar, prohibiéndose inconscientemente la tematización de Cristo como madre, del carácter maternal de Cristo, "exceso de pensamiento". Y es la incidencia de esta "Forma", incidencia bajo la forma de la *insistencia* del tema del árbol, que se puede reconocer su acción a lo largo de la "gran poesía chilena". Incidencia e *insistencia*, que estaría vinculada a la noción heideggeriana de destino o de don asignado: "(...) inconscientemente, su pensamiento, el árbol-Cristo de Gabriela Mistral fue entendido y su acción fue fecunda. La gran poesía chilena –nos lo proponemos demostrar en un trabajo en preparación– se *atiene* al árbol-Cristo de la Mistral. Así, los poetas chilenos respondieron, correspondieron, al destino, a lo a ellos destinado".

Me resultaría difícil abordar sin un rodeo aún mayor (un rodeo que comprometería seguramente el pulso mismo del presente texto) la noción heideggeriana de destino y de don, como también el concepto derridiano de don y de envío (ambas nociones muy ceñidas a una discusión con Heidegger y con Lacan). Por ello, sólo quiero señalar que lo que Marchant llama destino, o lo destinado a lo que los poetas chilenos habrían sido capaces de *atender* mediante un *pensamiento inconsciente* –no tematizado– de Gabriela Mistral que les habría sido dado o donado y que se explica por algo que a su vez no se puede explicar, no habría sido *atendido* por "el pensamiento filosófico chileno". De ahí

⁵ Cf. Derrida, J., *La vérité en peinture*, Flammarion, París, 1978. Tr.: *La verdad en pintura*, Paidós, Buenos Aires, 2001. También: *Résistances – de la psychanalyse*, Galilée, París, 1996. Tr.: *Resistencias del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1997.

⁶ Cf. Lyotard, F., *Le Différend*, Minuit, París, 1983. Tr.: *La diferencia*, Gedisa, Barcelona, 1988, pp. 155 ss.

⁷ Cf. Heidegger, M., *De camino al habla*, Serbal, Barcelona, 1990.

⁸ Cf. Marchant, P., *Escritura y Temblor*, Cuarto Propio, Santiago,

la falta de este pensamiento. Aunque "debiera" haberlo "generado", no habría generado lo que podríamos entender es un pensamiento ya no inconsciente, ya no atemático, sino un pensamiento conscientemente si no expresamente tematizado, a las claras un pensamiento filosófico. Esto no habría sucedido: es el poeta el pensador, aunque sin saberlo. El pensamiento del poema, sería, entonces, el poema. El poema, el pensamiento, aquí, la flor de este planteamiento.

Lo que (no) quiere decir pro-gramar

Desde entonces el poema, pensamiento atemático, estaría *en el lugar* del pensamiento temático. El pensamiento estaría así fuera de lugar. Fuera de *su* lugar, si *su* lugar se entiende como pensamiento temático o filosófico. Ahora bien, aquello por lo cual el pensamiento no pensado ha tenido lugar, por lo que ha tenido lugar el poema, *no se puede explicar*. Podría haber aquí, en aquello que es la única explicación y que no tiene explicación, una apelación por parte de Marchant a una trascendental que gobierna desde lo insondable la aparición o la eclosión del aparecer del pensamiento del poema. La apelación a la "Forma Inconsciente Generativa", no deja de ser el nombre principal de la hipoteca metafísica del planteamiento de Marchant. Su relación con la partición entre el contenido latente y el contenido manifiesto hace parte de la hipoteca vinculada a este nombre. Pero la insondabilidad misma, aquello que no tiene explicación, aquella apelación al *arjé* insondable, puede, por otra parte, ser pensado como apelación a lo *anárquico*, a lo que no tiene explicación porque no existe. Y lo que no tiene explicación carece de fundamento. Ahora bien, lo que no tiene fundamento pero que se da, que se da, que *insiste* del modo como lo hace, es aquello que desplaza la relación con el ser. Lo que se da es aquello con lo cual no se puede contar. El don del ser.

Aquello que desplaza al ser, aquí, lo que me atrevería a llamar aquello que lo *reemplaza*, es aquello que se ya no sólo no se escribe por referencia a él, sino que *inscribe* toda su referencia. Aquello que lo escribe quemándolo, que lo calcina en el momento mismo en que se refiere a él. Desde entonces y de una manera todavía inexplicable el ser está *en lugar* del ser, porque el ser ya no tiene lugar. En adelante, todo el pensamiento marchantiano del poema, del lugar del poema en relación con el pensar, es un pensamiento del *don del lugar*. La cuestión del destino y de la destinación mediante un pensamiento de la *insistencia*, cuya pregunta por el "cómo insiste" el árbol (el árbol-Cristo) en la poesía de Gabriela Mistral reemplaza la pregunta por el "qué sea" un árbol o Cristo, deja en vilo la cuestión metafísica de la procedencia o el fundamento del pensar del poema.

Queda la cuestión siguiente: ¿por qué no filosofía?; ¿por qué no hay filosofía?, ¿por qué la *filosofía chilena* no se da? O de otro modo: ¿qué hay de la destinación, destinación al pensamiento, cuando éste se da sólo como lo impensado en el poema? O más exactamente: ¿Qué hay de la destinación histórica, política, cultural, lingüística, de un pensamiento impensado, poético? ¿Y acaso no hubo *desde siempre* la sobrepuja epocal de un pensamiento de lo impensado en cuyo haz se inscribe la diferencia entre "filosofía" y "poema"? ¿Qué podría significar, por otra parte, que dicha diferencia pueda ser pensada bajo el signo de lo inconsciente? ¿Y qué podría significar, a su vez,

que lo impensado pueda ser pensado *en y más allá* de lo inconsciente? Hoy por hoy, cuando existe la sugerencia de una inscripción generalizada de la diferencia, la sugerencia de cierta economía de la diferencia⁹, no se trata simplemente de ir más allá ni *del* inconsciente ni *con* el inconsciente, por lo mismo, no se trata tan sólo de ir más allá ni *del* psicoanálisis ni *con* el psicoanálisis. Hoy *por hoy*, en la *época* del psicoanálisis, en el tiempo de su *emplazamiento* y de su *suspensión* (de su *epojé*), se trata más bien de cierto *re-emplazamiento* del inconsciente y del psicoanálisis.

Creo que a este re-emplazamiento se confía la vocación *pro-gramática* del pensamiento de Marchant en y a pesar del programa en torno a *Sobre árboles y madres*. En efecto, el pro-grama de Marchant es capaz de perder al hilo conductor de su texto. Y lo hace, no cortándolo, sino *quemándolo*. Interrupción esta menos confiada al *tema* de la quema que a su *insistencia*; insistencia escrita, subrayada, marcada *una y otra vez* en el texto marchantiano como pérdida *anticipada*, como pérdida *originaria* del origen. Así, pérdida del origen, en la teoría de Hermann: madre que es la quema de la madre, por la cual, en delante, la madre real no es más que un efecto-de-madre o del “instinto de agarrarse a” la madre. Efecto-de-madre que no es únicamente la madre real, sino todo objeto, toda idea, aquí también la teoría de base zoológica de Hermann, en el decir de Nicolas Abraham “el mito-hipótesis del origen” de Hermann,¹⁰ su *poema* del origen, su poema. Luego, pérdida del saber del origen en la teoría Abraham: el psicoanálisis como “estética”, como *escucha* del poema, vale decir, como imposible saber poético o saber de los símbolos. ¿Por qué? Porque el saber, el discurso, reconstituye *sin resto*. Y el *saber* psicoanalítico de los símbolos es un saber *con resto*, cuyo lenguaje *anasémico*, por remitir toda expresión *propia o figurada* al origen inaccesible de toda significancia, en verdad, aunque de una manera en la que será preciso insistir aquí, no significa nada. Pero, entonces, ¿qué hay de la *insistencia* de la pérdida para Marchant si, tal como dice en *Sobre árboles y madres*, “utilizamos, en todo este libro, los conceptos de *poema* y de *poeta* de Abraham”?¹¹.

Hay, en primer término, la necesidad de conectar el trabajo de Hermann y el trabajo de Abraham con la lectura de Derrida, esto es, con lo que Marchant dice de la *operación de la escritura, leyendo* (agregando) a Derrida *leyendo* (agregando) a Freud y a Heidegger. Lectura de Derrida, en cierta primera instancia, de *sus trabajos* sobre Freud a partir de Freud y la escena de la escritura hasta (“ahora último”) *La tarjeta postal*¹²: “Crítica de todos los conceptos, de todos los gestos, de todas las escenas de Freud”¹³. Pero también, al mismo tiempo, aunque en cierta segunda instancia, lectura del *trabajo*

⁹ Cf. Derrida, J., “La différence” en *Marges - de la philosophie*, Minuit, París, 1972.

¹⁰ Cf. Marchant, P., *op. cit.*, p.124 s.

¹¹ Cf. Marchant, *op. cit.*, p.123. Las cursivas son de Marchant.

¹² “Freud y la escena de la escritura”, conferencia de 1966 publicada ese mismo año en la revista *Tel Quel* y luego publicada en 1967 en *La escritura y la diferencia*. *La tarjeta postal*, libro publicado en 1980. En relación con los otros escritos de Derrida sobre Freud (y también sobre Lacan), obviamente después de lo que Marchant considera bajo la expresión “ahora último” y donde se pone en juego la cuestión del *desde y después* (doble acepción de la palabra francesa “*depuis*”) de Freud y Lacan, entonces sobre cierta dificultad de leer lo que el psicoanálisis quiere-decir, remito a un escrito (compartido con mi amiga Sandra Ramírez) titulado “La escena y el archivo: Jacques Derrida y la impresión freudiana, en *Puerco Espín*, Revista de La escuela de Psicología de la Universidad Bolivariana, Santiago, 2002, pp. 71-81.

¹³ Cf. Marchant, *op. cit.*, p.128.

de los conceptos freudianos que “trabajan los conceptos y las escenas de la clausura metafísica”¹⁴. Más de un trabajo en la escritura. O mejor: mientras se trabaja, la escritura también trabaja; trabaja sin dejar de trabajar pero no dejando trabajar. La atención a esta escritura doble por parte de Marchant, siguiendo sin duda a Derrida leyendo a Freud, alcanza en seguida, al momento de enunciarse el *diálogo sin diálogo*, sin diálogo “real” (“historicista”) entre Freud y Heidegger, esta formulación bizarra: “¿no debe necesariamente encontrarse el *trabajo* sobre ese *trabajo* con el *trabajo* que *trabaja* el *trabajo* de un Heidegger –simplicidad “historicista”, la de la Historia de la Filosofía como “ciencia”, de decir: ninguna relación, porque no relación directa, “real”, entre Freud y Heidegger”¹⁵. *Insistencia* escritural, aquí, de Marchant. Insistencia que parece querer marcar, hacer trabajar, un abrirse paso de un encuentro sin encuentro “real”, aquí “historicista”, que, para pasar, no necesita el permiso del saber (la “ciencia”) de la Historia de la Filosofía. Y en efecto, podría tratarse de un encuentro tan poco “real” como la madre “real”.

A propósito de este encuentro entre Freud y Heidegger, que tiene lugar por cierta textualidad en la que parece poder configurarse cierta épocalidad de la metafísica, no comentaré el pasaje citado por Marchant de *La tarjeta postal*¹⁶. Sólo me interesa vincular la insistencia de Marchant en la operación de la escritura, al momento en que Derrida se refiere a su lectura de Freud: “Se habrá visto ya que desvío, yo mismo, el uso ‘propriadamente freudiano’ de la ‘especulación’, de la noción o del concepto, y de la palabra. Ahí donde Freud parece hacer de él un modo de investigación, una actitud teórica, yo la considero también como el objeto de su discurso. Hago *como si* Freud no se preparara únicamente ha hablar *especulativamente* de esto o de aquello (por ejemplo, de un más allá del principio del placer), sino como que hablara ya de la especulación. Como si no se contentara con moverse *en ella*, sino tuviera que tratar con ella oblicuamente. Y es lo oblicuo de esta gestión lo que me interesa. Hago como si aquello mismo que él parece realizar, por ejemplo, la relación entre los dos principios fuese ya un elemento de la estructura especulativa en general: a la vez en el sentido de la reflexión especular (el principio del placer puede reconocerse o no reconocerse en absoluto en el principio de realidad), en el sentido de la producción de la plusvalía, del cálculo o de la apuesta en la Bolsa, incluso de la emisión de valores más o menos ficticios; en el sentido, en fin, de lo que desborda la presencia (dada) de lo presente, lo dado del don. Hago todo esto y pretendo que es necesario hacerlo para acceder a lo que se juega aquí, más allá de lo “dado”, a lo rehusado, retenido, retomado, más allá del principio de lo que Freud *dice* en el modo de lo presente, si algo como tal fuese posible, *sobre la especulación*. En su escrito algo debe depender de la especulación de la cual hace parte, pero yo no me contentaría de ese desvío por intermedio de una re-aplicación. Pretendo que la especulación no es solamente un modo de investigación así nombrado por Freud, no solamente el objeto oblicuo de su discurso; pretendo que constituye también la operación de su escritura, la escena (de lo que) él hace escribiendo lo que él escribe aquí, lo que le hace hacer y lo que él hace hacer, lo que le

¹⁴ Cf. *ibidem*.

¹⁵ Cf. *ibidem*. Las cursivas son mías.

¹⁶ Cf. *ibidem*.

hace escribir y lo que él hace –o deja- escribir. Hacer hacer, hacer escribir, dejar hacer o dejar escribir, la sintaxis de esas operaciones no está dada¹⁷”

Marchant escribe este pasaje del libro de Derrida en *Sobre árboles y madres* al término del capítulo segundo (titulado “Poemas”) de la Primera Parte. Y comienza la Segunda Parte con *su lectura* de cuatro poemas de Gabriela Mistral, pero precedida de otra cita de Derrida, parte de la cual ya hemos citado más arriba¹⁸. Insiste Marchant aquí en la necesidad de perder, o más exactamente de “olvidarnos de la verdad, del sentido, de los sentidos verdaderos”. Se trata de aprender a leer, vale decir, de aprender “a trabajar la operación de los agregados”¹⁹. Un poco más adelante, tras intercalar la cita, Marchant advierte que “(...) cuando se lea ‘evidencia’ o su equivalente en nuestro texto, se sobreentienda, siempre, agregado. Y si alguien quiere refutar una evidencia, un agregado nuestro, nada más fácil: que muestre que nuestro agregado nada agrega o que agregue otro agregado en el cual se pueda leer nuestro agregado como un momento inscrito – placer final de escribir, placer final de leer, ¿qué importa, si placer, las condiciones que lo hacen posible?”²⁰ Todo esto para insistir, aquí, en el límite del presente escrito y en el comienzo de la ceñida interpretación de los poemas de Gabriela Mistral cuyos términos no encararé por ahora, sobre la insistencia de Marchant, al cabo de la cual la *operación de la pérdida* parece poder culminar en un placer solidario con cierta liberación del juego de la lectura y de la escritura, de la lectura como escritura y de la imposibilidad de poder deci(di)r que son dos o que son menos que dos.

Es en el juego de esta extraña sintaxis que Marchant se confía a una cierta hermenéutica del contenido latente y del contenido manifiesto, pero que por cierta inscripción del temor del primero (como “Temblor”) en el segundo (como “Representación”), esta hermenéutica es más el testimonio de la conmoción del sentido que su celebrada erección. En este sentido, se trata de una hermenéutica donde el sentido hace su camino inverso, donde se debe asistir a una incesante recuento de desapropiación. No se trata entonces de que un sujeto acceda a sí mismo más enriquecido cuanto más sean sus determinaciones. Se trata más bien de que tenga lugar cierta irrupción de la historicidad en que la experiencia confine con la invención y el pensamiento con el poema.

Quizás porque la exigencia hermenéutica nunca dejó de ser un reclamo en el discurso de Marchant, este pudo todavía confiarse programáticamente a la erección de un sujeto histórico. A uno que se erige en la lengua, incluso en la organización nacional de la misma. La lengua se destina a sí misma como poema, como poeta. Y si se destina como poema y no como filosofía, si se destina como poeta antes que como filósofo, si se destina como pensamiento inconsciente antes que como pensamiento temático, es que dicha destinación ha predeterminado de antemano la vocación pensante, en estricto sentido filosofante, del poema.

Ahora bien, si el poema *se da como pensamiento*, *antes* incluso que lo que se llama en *sentido propio* “pensamiento”, es quizá porque, como dice Celan en *El Meridiano* la

¹⁷ Citado por Marchant en *op. cit.*, p.128-129.

¹⁸ Cf. p. XXX en este mismo texto.

¹⁹ Cf. Marchant, *op. cit.*, p.136. Los subrayados son de Marchant.

²⁰ Cf. *ibidem*.

poesía “*quema* nuestras etapas”²¹. Pero también, si el pensamiento *se da como* poema, *en el momento mismo* en que se llama en *sentido propio* “poema”, es quizá porque el pensamiento *también* “*quema* nuestras etapas”. Luego, en lugar del sentido propio el sentido propio; el pensamiento en sentido propio se da como poema en sentido propio. Momento en que la teleología filosofante del poema es quemada en el éxtasis de su tropología.

Creo poder leer, vale decir, agregar *en* la lectura de Marchant, un pensamiento del poema en sentido propio donde éste, nunca dejando de ser poema en sentido propio, no es ya la anticipación de un pensamiento que viene, destinado o enviado, sino, porque destinado o enviado, es la *precipitación* de un pensamiento en sentido propio. Y porque precipitación de pensamiento no se deja ya reconocer como pensamiento en *sentido propio*.

Todo esto podría ser pensado, quizá en relación con Celan. Pero aquí, en la solicitud de esta *precipitación*, en la lectura de Celan de Pablo Oyarzún. Y en la *vecindancia* de una lectura de los poemas de Andrés Ajens.

En relación con Celan, en la lectura de Oyarzún, a propósito del *lugar* (de cierto lugar de *extrañeza*) que aquél le daría al poema en relación con la llamada "presuposición incondicionada del arte". Aquí la cuestión del arte, de la consideración hegeliana del arte, de la llamada "muerte del arte", donde la apoteosis del arte tendría lugar como sistema, discurso o pensamiento del arte, tendría que servir de referencia para las relaciones entre la filosofía y la poesía. Habría que interrogar aquí, entre otras cosas, qué sería del arte tras su muerte o disolución (*Auflösung*) respecto de lo que Hegel llama la "vida" del espíritu. Habría que preguntarse por la posibilidad de una muerte de la idea de la muerte en la sobrevivida posthegeliana del arte. Habría quizá que plantearse la posibilidad de que haya el paso del pensamiento de la muerte (y de la vida) al pensamiento del muerto. Habría que pensar entonces en todo aquello que aproxima, incluido en la distancia, a Celan y Büchner. Pero también, y esto quizá sea la aproximación de la distancia misma bajo la modalidad de cierto *Ent-fernung* (*des-alejamiento*), habría que pensar aquello que aproxima en medio del espaciamiento, a Celan y a Mallarmé. Aquí, en este poema de Paul Celan, quizás:

"Nocturnamente enfaldados":

(...) Están separados del mundo,
cada uno junto a su noche,
cada uno junto a su muerte,
hosco, desnudo, escarchado

²¹ Cf. Celan, P., *El meridiano*, Intemperie, Santiago, 1997, p.16.

de lo cercano y de lo distante.

Ellos pagan la culpa que infundió alma a su origen

la pagan en una palabra

que persevera infinitamente, como el verano.

Una palabra - Tú sabes

un cadáver.